

Dracula

1958, de Terence Fisher

Sinopsi

El comte Dràcula decideix canviar la seva antiga residència als Carpats i traslladar-se a Occident. Un cop instal·lat, coneix una noia de la qual s'enamora. Les visites nocturnes del comte a casa de la noia alerten la família d'aquesta última, la qual es posa en contacte amb el doctor Helsing.



Fitxa tècnica

Direcció ····· Terence Fisher
 Guió ····· Jimmy Sangster,
 segons la novel·la de Bram Stoker
 Director de fotografia ····· Jack Asher
 Muntatge ····· Bill Lenny
 Música ····· James Bernard
 Producció · Hammer Film Productions
 Nacionalitat ····· Regne Unit
 Durada ····· 82 min.

Fitxa artística

Van Helsing ····· Peter Cushing
 Dràcula ····· Christopher Lee
 Arthur Holmwood ····· Michael Gough
 Mina Holmwood ····· Melissa Stribling
 Lucy Holmwood ····· Carol Marsh
 Gerda ····· Olga Dickie
 Jonathan Harker ····· John Van Eyssen
 Dona vampir ····· Valerie Gaunt
 J. Marx ····· Miles Malleon
 Doctor Seward ····· Charles Lloyd-Pack
 Tania ····· Janine Faye

CRÍTICA

A mediados de la década de los cincuenta, la Hammer Films era una modesta productora británica que, a lo largo de sus veinte años de existencia, no había conocido demasiados logros artísticos ni comerciales. En 1956, y sin dejar de ser fieles a la premisa de que para rentabilizar un producto no hay nada mejor que moderar su coste, sus responsables decidieron rodar una versión de la novela *Frankenstein* que resultase novedosa, moderna y rupturista, violenta y a todo color. Acaso sin saberlo, acababan de encontrar la fórmula que les convertiría en los reyes del género durante un buen puñado de años. Dicen las crónicas que el público quedó horrorizado ante la crudeza de sus imágenes, ante la expresividad del monstruo encarnado por Christopher Lee, tan opuesto al de Boris Karloff, y ante un Peter Cushing que lograba, en su rol del mesiánico doctor, dejar tras de sí una penetrante estela de amoralidad. El éxito fue absoluto.

mejorar la apuesta, y contando más o menos con el mismo equipo artístico y técnico, el estudio emprendió, un par de años más tarde, la producción de este *Dracula* que hoy incluimos en nuestro ciclo sobre vampirismo. No sólo se volvió a dar en la diana, sino que, además, se forjó uno de esos títulos que con el paso del tiempo no hacen sino revalorizarse en el imaginario colectivo, y concilian la pasión popular con la aprobación de una crítica que, por entonces, aún miraba por encima del hombro al cine de terror. Y es que es muy difícil resistirse a la conjunción de los talentos de Lee, Cushing, Fisher, Sangster, Robinson y Asher.

Terence Fisher fue sin duda el mejor director con el que ha contado la productora durante toda su historia, y probablemente *Dracula* sea el más redondo de los trabajos que filmó. De su espléndida labor tras la cámara destacaríamos dos elementos que han influido muchísimo en la posterior historia del cine fantástico: el uso del color y el aprovechamiento del espacio escénico. El primero

Dispuestos a repetir y



de esos recursos se pone ya en evidencia al acabar los créditos iniciales, cuando una salpicadura sangrienta llena de rojo la lápida en la que aparece inscrito el título de la película. No hay que olvidar que los grandes referentes del cine de terror hasta el momento, con los clásicos de la Universal de los años 30 a la cabeza, se habían rodado siempre en blanco y negro. Lejos de considerar el paso al color como una anécdota, Fisher, con la inestimable ayuda de su director de fotografía Jack Asher, saca partido en todo momento del valor emocional y simbólico de esos tonos intensos y penetrantes con que reconstruye el mundo imaginado por Bram Stoker.

En cuanto a la creación de espacios, no hay duda de que Fisher extrae también un rendimiento óptimo del trabajo de Bernard Robinson, su director artístico. No encontraremos aquí murciélagos ni telarañas, ni siquiera las criptas nos parecerán especialmente efectistas. Y, sin embargo, la atmósfera está espléndidamente conseguida. La cámara se mueve con elegancia entre muebles, escaleras y portones, e hilvana ajustadas series de planos de una fineza compositiva asombrosa. Fisher y compañía estaban creando escuela: como ejemplo de la fructífera influencia de sus propuestas escénicas sólo hay que echar un vistazo a las películas de terror gótico producidas poco después por la A.I.P. (una especie de Hammer a la americana, pero aún más austera en sus presupuestos), en especial, las adaptaciones de cuentos de Poe dirigidas por Roger Corman.

Al margen de sus logros estéticos, de su fuerza narrativa

y del poderío de sus intérpretes, en *Dracula* resulta, además, muy interesante el proceso de adaptación de la novela de Bram Stoker. Digamos que esta película en cierto modo inaugura una larga serie de versiones no muy respetuosas que por un motivo u otro modifican, sin prejuicio alguno, personajes, escenarios y episodios del original. En el guión de Jimmy Sangster, el protagonista Jonathan Harker no es un joven abogado víctima del monstruo, sino un cazavampiros camuflado de bibliotecario. Su prometida no es la dulce Mina, sino su amiga Lucy, y ambas son cuñadas. La acción no ocurre entre Londres y Transilvania, sino que acontece totalmente en una misma región de... ¿Alemania? Etcétera.

Pero lo importante de esta libérrima adaptación es que, además de funcionar perfectamente, logró sacar a la superficie determinadas cuestiones tocadas de una forma más bien lateral por Stoker. Según algunos expertos en la inmortal novela, el bueno de Bram nunca fue del todo consciente del potencial subversivo del personaje, de su condición de negativo moral de la Inglaterra victoriana. A estas alturas, claro, nos parece imposible no darnos cuenta de que el conde es sexo en estado puro, una mezcla explosiva de refinamiento y animalidad, un sádico sin límites que hace aflorar las pulsiones reprimidas por esas damiselas forradas hasta el cuello, las cuales no dudan en abrirle de par en par sus ventanas para que las conduzca hasta un mundo desconocido y excitante, invisible a la luz del día y de la razón. El guión, insisto, no dudó en explotar todo este potencial, y Christopher

Lee se convirtió, gracias a ello, en un auténtico icono de la pantalla.

No quisiera acabar sin hacer mención de la última escena, con un Van Helsing en plan acrobático. Evitaré desvelar nada por si es la primera vez que ven la película, pero no duden de que en esos escasos tres minutos de lucha a muerte entre el médico y el vampiro se condensa toda la trayectoria de la Hammer Films Productions, toda una época maravillosa en la historia del género fantástico y, por extensión, toda un forma de entender el cine.

Juan Salido-Vico

Es demana puntualitat. Es demana als espectadors que desconnectin els telèfons mòbils i qualsevol altre aparell acústic abans de començar la projecció. Gràcies.